



REVISTA PRISMA SOCIAL N° 45

FORMACIÓN INICIAL DE LA DOCENCIA Y EDUCACIÓN LINGÜÍSTICA: FACTORES DE CAMBIO SOCIAL EN EL HORIZONTE 2030

2° TRIMESTRE, ABRIL 2024 | SECCIÓN ABIERTA | PP. 165-192

RECIBIDO: 7/8/2023 — ACEPTADO: 20/4/2024

CRISIS Y TRANSFORMACIONES EN LAS FORMAS DE HACER COMUNIDAD EN CHILE: DESBORDES COMUNITARIOS

CRISES AND TRANSFORMATIONS IN THE WAYS OF CREATING COMMUNITY IN CHILE: COMMUNITY OVERFLOWS

L. FRANCISCO LETELIER-TRONCOSO / FLETELIER@UCM.CL

UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL MAULE, CHILE

VICTOR FERNANDEZ-GONZALEZ / VIKTORFDEZ@GMAIL.COM

UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL MAULE, CHILE

ESTE ARTÍCULO HA SIDO ELABORADO EN EL MARCO DEL PROYECTO FONDECYT 1220174
"LIMITACIONES Y POSIBILIDADES PARA LA CONSTITUCIÓN DE UNA ESFERA COMUNITARIA
AUTÓNOMA EN CHILE"



prisma
social
revista
de ciencias
sociales

RESUMEN

En Chile, la forma dominante de organizar las relaciones comunitarias locales muestra poca capacidad transformadora. Esto tiene su origen en un proceso sociopolítico que ha propiciado una cultura organizacional heterónoma, contenida, despolitizada y burocratizada, sostenida en una idea neoliberal de barrio-comunidad y enmarcada en una legislación que no le reconoce su función pública. Pero en los últimos quince años esta forma hegemónica ha dado paso a experiencias comunitarias más articuladas y flexibles, que discuten las escalas de acción, el tipo de relación con el Estado y los modos establecidos de organización.

Integrando resultados de investigaciones realizadas entre 2014 y 2023, el artículo identifica potenciales de transformación de la cultura comunitaria expresados en formas de entramamientos que se producen en distintos ámbitos y escalas: lazos primarios y vida cotidiana vecinal, organizaciones de base territorial y redes territoriales heterogéneas. Lo anterior permite proponer la idea-horizonte de Esfera Comunitaria, que permitiría discutir la fragmentación con que se observa y vivencia lo comunitario en el Chile actual.

PALABRAS CLAVE

Comunidad; relaciones vecinales; entramados comunitarios; desbordes creativos; esfera comunitaria.

ABSTRACT

In Chile, the dominant way of organizing local community relations shows little transformative capacity. This has its origin in a sociopolitical process that has fostered a heteronomous, contained, depoliticized and bureaucratized organizational culture, sustained by a neoliberal idea of neighborhood-community and framed in legislation that does not recognize its public function. But in the last fifteen years this hegemonic form has given way to more articulated and flexible community experiences, which discuss the scales of action, the type of relationship with the State and the established modes of organization.

Integrating results from research carried out between 2014 and 2023, the article identifies potential for the transformation of community culture expressed in forms of networks that occur in different areas and scales: primary ties and daily neighborhood life, territorial-based organizations and heterogeneous territorial networks. The above allows us to propose the idea-horizon of the Community Sphere, which would allow us to discuss the fragmentation with which the community is observed and experienced in current Chile.

KEYWORDS

Community; neighborhood relations; community networks; creative overflows; community sphere.

1. INTRODUCCIÓN

Este artículo propone una lectura transversal de investigaciones y proyectos que han acompañado procesos comunitarios desde el año 2014¹, animados por diversos investigadores/as de universidades y centros de estudio².

Su propósito es, por un lado, caracterizar la forma actualmente dominante de lo comunitario y su expresión en las organizaciones locales, y, por otro, explorar la manera en que esta forma está siendo desbordada.

En Chile, las organizaciones formales, la expresión más numerosa de lo comunitario a nivel local, tienen un papel muy disminuido para orientar o discutir las decisiones del Estado y del capital. En general no participan en decisiones públicas relevantes, por ejemplo, sobre transporte, energía o crecimiento urbano. Tampoco están presentes en los debates acerca de la educación, de la salud, de los sistemas de seguridad social, y no tienen fuerza para interpelar a las autoridades locales ni producir mandato.

¿Ha sido esta siempre la condición de las organizaciones comunitarias en Chile? La respuesta es no.

Antecedentes históricos permiten afirmar que hasta 1973 se experimentaba un proceso ascendente de organización y articulación vecinal poblacional. Las comunidades territoriales eran actores en la producción de la ciudad y el movimiento de pobladores constituía uno de los aspectos más específicos de la lucha de clases en Chile, evidenciando las contradicciones en relación con las condiciones de vivienda y equipamiento colectivo (Castells, 1973). Pero a partir del golpe de Estado de 1973 comienza un proceso sistemático de desmantelamiento del movimiento vecinal popular y de institucionalización de un nuevo marco de acción de lo comunitario local.

Este nuevo marco configura su acción en referencia al Estado (heteronomía), recluye a las organizaciones en límites espaciales y simbólicos rígidos (contención), promueve funcionamientos jerárquicos y personalistas y rigidiza las formas organizativas (burocratización), y extirpa su condición de agentes de transformación (despolitización).

Pero, al tiempo que constriñe la acción comunitaria, este marco estimula la búsqueda de nuevas formas. Así, tienen lugar expresiones vecinales no organizadas que buscan resolver problemas de diversa índole, mientras que muchas organizaciones participan en experiencias y procesos que muestran un potencial transformador. Es en esas expresiones y experiencias, y en su potencial transformador de la cultura comunitaria, en las que este trabajo hace foco.

El artículo gira en torno a estas preguntas: ¿está agotada la forma tradicional de entender la comunidad local en Chile? ¿Estamos en un proceso de transición hacia otras formas organi-

¹ "Programa Territorio y Acción Colectiva" (2014-2017); "Territorios Vecinales Innovadores" (2017-2019); "Prácticas comunitarias, políticas locales y gobernanza para la gestión de la crisis por COVID-19 en ciudades intermedias" (2020-2021); y el proyecto FONDECYT Regular N.º 1220173 "Limitaciones y posibilidades para la constitución de una esfera comunitaria autónoma en Chile" (2022- 2024).

² Centro de Estudios Urbano-Territoriales de la Universidad Católica del Maule, Programa de Intervención Comunitaria de la Universidad de Las Américas, SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación y Escuela de Trabajo Social de la Universidad del BíoBío.

zativas? ¿Qué se requiere para que el ámbito comunitario territorial se constituya en uno con mayor autonomía?

El trabajo comienza exponiendo el problema de la debilidad de las formas organizadas de lo comunitario y sus causas históricas recientes. Se propone que hay cuatro elementos que caracterizan la cultura de las organizaciones comunitarias: heteronomía, contención, despolitización y burocratización. Seguidamente se presentan los resultados de un conjunto de investigaciones desarrolladas desde 2014 por los autores, y que intentan mostrar cursos de transformación expresados en tres formas de entramamientos: organizativos, cotidianos y heterogéneos. El manuscrito cierra discutiendo la idea de que, articulados, estos entramados pueden conformar una esfera comunitaria local que puede abrir caminos de investigación-acción y ayudar en la disputa de los marcos dominantes de lo comunitario.

1.1. EL MODO DOMINANTE DE PRODUCCIÓN DE LO COMUNITARIO

El panorama de las organizaciones sociales vecinales en Chile muestra una aparente contradicción: existe una gran cantidad de agrupaciones que cumplen un conjunto de tareas ampliamente valoradas, pero su nivel de influencia y poder es reducido. Así, mientras algunos estudios cifran en cerca de doscientas mil las organizaciones comunitarias existentes (Irrarrázaval y Streeter, 2020), y las asociaciones de vecinos son las entidades con mayor número de afiliados y afiliadas en el país, tanto los/as expertos/as como los/as propios/as dirigentes/as vecinales coinciden en ubicarlas en los niveles más bajos de la escala de poder (PNUD, 2000; PNUD, 2004; CEUT, 2016), reconociendo su escasa capacidad para transmitir propuestas y demandas a las autoridades políticas (Consejo Nacional de Participación Ciudadana, 2017), como también sus dificultades para integrarse en movimientos o corrientes asociativas de mayor alcance (PNUD, 2000; Delamaza, 2016; González, 2016)³.

El origen histórico de este panorama se remonta a las reformas que implementó la dictadura cívico-militar⁴. Hasta 1973 se venía produciendo un proceso importante de organización vecinal, principalmente relacionado con las luchas por la vivienda. Esto fue reconocido e institucionalizado a través de la primera Ley de Juntas de Vecinos y Organizaciones Comunitarias, que reconoció y otorgó estatuto jurídico a estas agrupaciones en el año 1968 (Delamaza, 2016). La ley igualó escala territorial y organización, ya que por cada unidad vecinal existía sólo una junta de vecinos con legitimidad para actuar en representación del conjunto de los y las habitantes, otorgándoles atribuciones en la promoción de procesos asociativos y en la planificación del territorio. Así, las juntas de vecinos se constituían en pequeños municipios (Arnold, 2002).

A partir del golpe de Estado cívico-militar, las juntas de vecinos fueron reprimidas y luego fuertemente intervenidas (Espinoza, 1998). Pese a que el movimiento de pobladoras/es fue una parte

³ De acuerdo con varias encuestas citadas por Manuel Castells, en los años setenta más del 50% de los chilenos y chilenas participaban de agrupaciones vecinales (Castells, 1973). Las cifras de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) de 2022 muestran que solo el 6,5% de las personas participan de su junta de vecinos, el 18,8% de alguna organización local y el 74,8% no forma parte de ninguna organización (Ministerio de Desarrollo Social y Familia, 2017 y 2022).

⁴ La dictadura militar encabezada por Augusto Pinochet comenzó en septiembre de 1973 y terminó en marzo de 1990.

fundamental de la resistencia contra la dictadura, el clientelismo, la represión y las medidas de reubicación forzada significaron el rompimiento de las relaciones de vecindad y su desarticulación en guetos de pobreza, desconfianza y terror (Valdés, 1983; Silva, 2012).

En el año 1989, poco antes del término del régimen, se realizó una modificación trascendental a la ley: se impuso la existencia de varias juntas de vecinos en el territorio de la unidad vecinal. Esto favoreció la atomización de la organización popular y reforzó las lógicas clientelares (Drake y Jaksic, 1999).

Una nueva noción de lo local implicó la constitución de municipios dotados de muchas atribuciones y de organizaciones sociales disminuidas en su capacidad de articulación y acción. Dicha estrategia fue central para el posterior impulso del modelo neoliberal, que desde 1980 en adelante promovió la reproducción de una ciudadanía despolitizada, cuyos ejercicios participativos se centraron en asuntos cotidianos y locales, limitados a los espacios residenciales o laborales, y muy lejos de la posibilidad de incidir en las discusiones ideológicas y los asuntos políticos (Monje-Reyes, 2013).

Este tipo de vivencia marcó profundamente a las organizaciones comunitarias, derivando en una serie de consecuencias como la fragmentación de las luchas sociales, la estigmatización de la organización popular –que se empezó a entender como un reducto de resistencia y subversión– y el aumento de la desconfianza hacia lo político y las cuestiones públicas en general (Espinoza, 1998). La escala local fue utilizada por la dictadura para operar una transformación neoliberal de nivel nacional y censurar cualquier posibilidad de recuperar las lógicas de organización que se habían promovido en los gobiernos anteriores: se fundó una nueva forma de sociabilidad. Una vez desbaratado el entramado organizacional, el/la poblador/a otrora organizado/a y activo/a en lo social pasó a ocupar el lugar de beneficiario/a de programas gubernamentales y se diluyó la cohesión social (Monje-Reyes, 2013).

Con la recuperación de la democracia en los años noventa, las organizaciones entraron en una lógica de competencia por los fondos públicos y se profundizó la dinámica de atomización (Delamaza, 2004). Se centraron entonces en acciones que no dialogaban con sus agendas internas, y que más bien dependían de las prioridades impuestas por los mecanismos de financiamiento estatal (Espinoza, 2004; Márquez, 2004).

Es posible conceptualizar el marco de acción comunitario producido por las políticas estatales en torno a cuatro características:

1. Heteronomía. Las organizaciones comunitarias se entienden más como un eslabón del aparato estatal que como la emergencia organizada de relaciones comunitarias autónomas. Es el Estado, sus políticas y sus marcos normativos los que definen qué es lo que se puede o no hacer desde las organizaciones y en qué ámbito territorial. Esto afecta la capacidad de asumir el sentido propio de lo comunitario y lo reduce a la función de petición e intermediación con el Estado.
2. La contención, es decir, el encapsulamiento espacial de las relaciones sociales (Tapia, 2016). Se asume que el barrio contiene a la comunidad y determina la estructura de las

relaciones comunitarias⁵. Estas se circunscriben a la proximidad restringida y su alcance se remite sólo al ámbito del encuentro cotidiano “cara a cara”. Se privilegian, por tanto, los vínculos fuertes y cohesivos al interior del barrio-comunidad en desmedro de los vínculos débiles y de configuraciones más diversas y plurales, que permitirían conectar con actores que están más allá de la delimitación espacial (Granovetter, 1973 y 1983). El barrio-comunidad se centra en sí mismo e instaura una especie de hiperlocalismo que crea la ilusión de desconexión de todo proceso urbano que no lo afecte de manera evidente y directa. Organizaciones de otros barrios tienden a ser consideradas como potencial competencia en la captura de los recursos públicos y la distribución del bienestar, y no como una red de agentes con los que es posible –y necesario– cooperar y articularse.

3. Burocratización. Ante la necesidad de permanecer dentro de los sistemas de recompensas y financiación que ofrecen los gobiernos, las organizaciones y sus dirigentes/as buscan encuadrarse en los marcos impuestos. De esta manera, las relaciones al interior de la organización del barrio tienden a funcionar bajo la lógica de la integración normativa y el consenso, y se inclinan a borrar las discrepancias. Lo instituido ahoga lo instituyente y cualquier nuevo poder que emerja en el interior del barrio puede ser visto como una amenaza para la organización que detenta el poder formal o para el equilibrio de las relaciones con la autoridad. La forma de organización barrial-comunitaria se vuelve así conservadora. El valor de la heterogeneidad social y la diversidad pierden fuerza en el contexto barrial. En una organización burocratizada el control no es un medio para obtener un resultado, sino el objetivo en sí. Lo que importa son los reglamentos, los procedimientos, las rutinas y la jerarquía. La burocratización de las organizaciones comunitarias sugiere una colonización de la lógica estatal en lo comunitario.

4. Todo lo anterior se traduce en despolitización, que funciona de dos maneras. Por un lado, se desconecta el barrio-comunidad de la ciudad (como totalidad urbana) y de la sociedad (como totalidad política). Se asume que lo que ocurre en lo local tiene sus causas en lo local y no está conectado ni con procesos urbanos ni con procesos sociales de mayor escala (Tapia, 2018; Letelier, 2018). Esto reduce el alcance de las agendas y reproduce la fragmentación. Por otro lado, al desconocer las causas estructurales y multidimensionales de los problemas que se viven, lo vecinal se desvincula también de la complejidad de las vidas de las y los habitantes. El/la “vecino/a” invisibiliza al/la “ciudadano/a” y al/la “humano/a” que experimentan una infinidad de problemas y padecimientos, cuyo origen está mucho más allá del barrio-comunidad y respecto de los cuales se asume que lo local no tendría nada que hacer.

1.2. AGOTAMIENTO Y BÚSQUEDA DE FORMAS COMUNITARIAS ALTERNATIVAS

Al mismo tiempo que limita el potencial de acción de lo comunitario, este marco gatilla la búsqueda de formas alternativas de resolución de los problemas de los territorios. En este contexto, se considera que al menos una parte del ciclo de movilizaciones sociales iniciado en Chile

⁵ En un territorio de 6.000 a 10.000 habitantes (una Unidad vecinal, por ejemplo), existen diversas asociaciones vecinales y otras tantas organizaciones que responden a asuntos específicos: jóvenes, deporte, adultos mayores, acceso a la vivienda. Cada población o villa tiene su propia estructura de representación comunitaria, que no dialoga ni se articula con las otras.

el 2011 tuvo como protagonistas a organizaciones vecinales, especialmente aquellas que se expresaron como asambleas locales (Aguilera & Álvarez, 2015; Calderón, 2012; Garretón *et al.*, 2017; Hernández & Sazo, 2015; PNUD, 2014). Esto fue propiciado por un marco donde la protesta ya no se articula con los partidos políticos (Somma & Bargsted, 2015) ni se estructura en torno a una demanda central capaz de vertebrar toda la conflictividad (Barozet, 2016; Espinoza, 2013), lo que abre espacio para organizaciones locales de base territorial.

Esta apertura es reforzada en el contexto del estallido social chileno de octubre de 2019, lo que da un nuevo impulso a los procesos de politización territorial, expresados en asambleas y cabildos que se multiplicaron por distintas ciudades (Araujo, 2019; Ganter, Zarzuri, Henríquez y Goecke, 2022).

Lo anterior muestra que las relaciones comunitarias tienen la capacidad de discutir el marco hegemónico, pues su lógica fundamental es la de satisfacer necesidades humanas, el resolver problemas concretos, de personas y lugares reales: una politicidad comunitaria fundamentada en el habitar en común un lugar (Salazar, 2019). Así, por más restringido que sea su marco de acción, ante una amenaza, ante la precariedad o ante el abuso, las relaciones comunitarias buscarán formas de expresarse⁶.

De este modo, tanto las movilizaciones territoriales-vecinales previas al estallido social, como aquellas surgidas a partir de él, pueden entenderse como la búsqueda de nuevas formas de expresión ante un cierto agotamiento del modelo hegemónico de gestión comunitaria barrial.

Para interpretar las diversas experiencias que se analizan en este artículo, se propone asumir una perspectiva que entienda lo comunitario como un modo social e históricamente construido de producir valor para satisfacer necesidades humanas y construir colectivamente el vivir (Ramírez, 2019; Escobar, 2016). Gutiérrez y Salazar (2015) lo definen como la compleja trama de vínculos, más o menos permanentes, que se construyen y reconstruyen entre las personas, conducentes a enfrentar la satisfacción de necesidades comunes de diverso tipo y que permiten la producción y reproducción de la vida. Lo comunitario aparece, entonces, como una clave interpretativa que permite ahondar en aquella “forma natural” de reproducir la vida, movilizadora por una “racionalidad reproductiva” y centrada en el “valor de uso” (Gutiérrez y Salazar, 2015); una racionalidad que pone en el centro la satisfacción de las necesidades de las personas y plantea una alternativa a la racionalidad instrumental de la acumulación del capital (Cubillos-Almendra *et al.*, 2022). Aquí cobra sentido hablar de la politicidad de lo comunitario, es decir, unos modos propios de organizar la vida, que no solo son teóricamente distintos a los del mercado y a los del Estado, sino praxiológicamente diferentes. Esta politicidad se expresa en un trabajo real, concreto, que produce una infinidad de bienes relacionales materiales e inmateriales (Donati y García, 2021) y satisface necesidades humanas individuales, colectivas y que a la vez son múltiples. Es decir, se alude a un modo comunitario de reproducir la vida.

Desde esta perspectiva, los entramados comunitarios no sólo pueden tomar forma organizada, como en el caso de organizaciones de base, sean territoriales o funcionales, sino que pueden tener diversas expresiones. Por ejemplo, en la vida cotidiana de un barrio, donde las personas

⁶ Así lo han hecho desde los primeros comités de vecinos creados a principios del siglo XX; antes, a través del movimiento mutualista y de los cabildos comunales (Arnold, 2002; Salazar, 2019), y a lo largo de toda la historia en momentos de crisis como terremotos, inundaciones o incendios.

establecen relaciones relativamente estables, pero que no se expresan/actualizan/reproducen en el plano organizativo, sino que en el interactivo⁷. También formarían parte de ella expresiones asociativas formales y no formales de incidencia⁸, que están más allá de lo barrial, y que expresan luchas en torno a intereses, valores o visiones de mundo compartidos⁹. También se estima que caben dentro de la idea de entramados una buena parte de las relaciones familiares y amicales, en tanto ellas representan una forma compartida de satisfacer necesidades más allá de la lógica estatal o mercantil.

Así, y en suma, lo comunitario tendría expresiones en la familia, en las redes de amigos, en la vida cotidiana del entorno territorial inmediato, en las organizaciones comunitarias y en formas asociativas vinculadas a intereses y valores comunes. Todas ellas serían parte de un enjambre de entramados que hace una contribución esencial en el sostenimiento de la vida individual y colectiva.

La primera forma de entramamiento que se observa es entre organizaciones, y permite superar la escala de barrio-comunidad en la que han estado contenidas¹⁰. En estos procesos, vínculos fuertes y débiles (Granovetter, 1973) se entrelazan para ampliar la espacialidad de la acción vecinal y su poder para intermediar e interlocutar con el Estado (Letelier, Boyco, Cubillos, Tapia, & Irazábal (Eds.). 2019; Letelier, Cubillos, Fernández, Palacios, León, Saravia, & Boyco, 2021).

No obstante, estos procesos de articulación y de aumento de la escala de acción, tienen dificultades para producir redes de trabajo al interior de las propias comunidades. Las articulaciones suelen ser entre dirigentes/as, no entre estructuras comunitarias (Letelier, Paredes, Fernández & Adasme, 2021).

Un segundo camino superador es lo que aquí se ha llamado entramamientos cotidianos. Estos son procesos que emergen en contextos de crisis y que se observa, en este caso, durante el confinamiento por el COVID-19. Cuando toda actividad organizativa formal se detuvo, emergieron un conjunto de relaciones y prácticas comunitarias informales, que reemplazaron no sólo a las organizaciones, sino también paliaron las debilidades de las políticas estatales, y el cierre de espacios mercantiles formales.

Estas prácticas se sostienen sobre vinculaciones e interacciones que se enlazan por fuera de las organizaciones, en la cotidianeidad y producen lo que Blokland (2017) denomina familiaridad pública, es decir, áreas donde las personas pueden localizar socialmente a otros, reconocerlos e incluso esperar verlos. Su debilidad viene dada, precisamente, por su dificultad para expresarse más allá de la interacción cara a cara.

⁷ Conversaciones en el almacén del barrio, en favores entre vecinos y vecinas, en el cuidado común de las infancias, en caminatas de dos amigas al caer la tarde, en el saludo y la conversación cotidiana en el pasaje, y en un sinfín de otras prácticas vecinales.

⁸ Aquí se denomina organizaciones de incidencia a las formas asociativas que trabajan en el reconocimiento y defensa de derechos, en la promoción de valores, temas y proyectos comunes, en procesos de promoción de la participación y la ciudadanía, entre otras. En general son organizaciones especializadas en ciertos ámbitos temáticos en los cuales tienen solvencia técnico-política.

⁹ Medioambientales, feministas, animalistas, expresiones culturales urbanas, etc.

¹⁰ En el caso de Chile, la escala de barrio-comunidad equivale a lo que se llama villa o población y que, grosso modo, puede ir de 300 a 800 viviendas.

El tercer camino de transformación/acción son los entramamientos territoriales heterogéneos, es decir, que logran enlazar organizaciones diversas: territoriales, funcionales, de incidencia, políticas y ciudadanos/as, resultando procesos comunitarios más autónomos, reticulares y performativos, con una politicidad más clara.

Lo que sigue expone aspectos metodológicos y resultados de los diferentes estudios y experiencias que han permitido caracterizar estos procesos y la manera en que superan y transforman el marco comunitario dominante.

Ahora bien, estos caminos de transformación pueden aparecer inicialmente como innovaciones, desafíos o desviaciones del modo dominante y son típicamente de nivel micro o meso. No obstante, se trata de procesos que ponen en juego una lógica distinta, que tienen una impronta creativa con posibilidades (pero también con limitaciones) transformadoras. Es la emergencia de lo instituyente frente a lo instituido (Villasante, 2014) y que por esa razón se define conceptualmente como “desbordes”.

Los “desbordes creativos” o “desbordes reversivos” (Villasante, 2006) son una expresión de las lógicas reversivas caracterizadas por Jesús Ibáñez (Ibáñez, 1994) y se definen como prácticas que implican una ruptura superadora, que “no pasan sólo por el cambio de manos del poder, sino por cambiar lo que son las formas del poder-dominación al poder-hacer” (Villasante, 2014, p. 51). Estos desbordes son el objeto de estudio del presente artículo.

2. DISEÑO Y MÉTODO

La hipótesis de partida es que desde 2011 se inicia una etapa en la que las personas comienzan a problematizar las formas tradicionales de organizar lo comunitario, su efectividad y sus limitaciones.

Como se ha dicho, se trata de tres desbordes creativos: entramamientos territoriales organizativos, entramamientos cotidianos y entramamientos territoriales heterogéneos.

Estos procesos fueron caracterizados a partir de diferentes estudios o experiencias de acompañamiento, que usaron diversos enfoques y metodologías de investigación. Estas se sintetizan en el cuadro siguiente y se detallan a continuación.

Cuadro 1: Síntesis de casos, técnicas y categorías de análisis

	Entramamientos territoriales organizativos	Entramamientos cotidianos	Entramamientos territoriales heterogéneos
Casos	Talca: Las Américas, Unidad Vecinal Arturo Prat y Unidad Vecinal 46. Concepción: Valle Nonguén. Talcahuano, sector cerros.	Talca: Unidad Vecinal Arturo Prat. Concepción: Valle Nonguén. Conurbación Talca-Maule.	Coordinadora Sur Poniente de Talca.
Técnicas de recolección de información	Entrevistas semiestructuradas, revisión documental, observación participante. Aproximadamente 40 organizaciones. 20 personas entrevistadas.	Entrevistas semiestructuradas. Encuesta probabilística. 17 personas entrevistadas. Encuesta de 1.150 casos.	Etnografía virtual. Entrevistas semiestructuradas. Una red de organizaciones del territorio Sur Poniente de Talca. 4 personas entrevistadas.
Categorías de análisis	Origen y desarrollo del proceso que posibilita el escalamiento; cambios en los sentidos y en las formas de relación comunitaria; formas y escalas de las relaciones vecinales; modalidades de organización, agendas, estrategias colectivas y eficacia.	La resignificación y adaptación de los entramados comunitarios al contexto de confinamiento; la respuesta de estos entramados ante el surgimiento de nuevas necesidades y la acción de los entramados como reemplazo o complemento a la acción estatal y/o mercantil.	Prácticas de articulación; formas de organización y gestión; redes de apoyo y discursos sobre la crisis.

Para los entramamientos territoriales organizativos la metodología consideró dos momentos. El primero consistió en el acompañamiento y sistematización de una experiencia de articulación vecinal en la ciudad de Talca, que abarcó tres casos: Las Américas, Unidad Vecinal Arturo Prat y Unidad Vecinal 46.

En la presente pesquisa se utilizó una estrategia metodológica que consideró aspectos subjetivos y objetivos de la situación inicial de los territorios, de los procesos de articulación suscitados y de sus resultados. Se emplearon tres técnicas de investigación. Por un lado, se trabajó con entrevistas semiestructuradas realizadas a líderes/as y dirigentes/as vecinales en 2014 y 2018. Se puso énfasis en entrevistar a personas con diversos grados de implicación en las experiencias, de modo de asegurar una diversidad de perspectivas. Por otro lado, se consideró el análisis documental de dos fuentes de información: registros y documentos producidos durante los procesos de articulación, y registros de prensa local y regional. Finalmente, dado que dos de los autores han formado parte del equipo que apoyó el episodio de articulación más reciente, se utilizó también la técnica de observación participante. A partir de la información construida con las entrevistas, el análisis documental y la observación participante, se reconstruyeron las trayectorias de articulación vecinal de los dos casos y se analizaron a partir de una matriz inicial constituida por tres categorías: i) las formas y escalas de las relaciones vecinales; ii) las modalidades de organización; y iii) las agendas y estrategias colectivas.

El segundo momento fue en el año 2020, cuando se realizó una comparación entre los casos ya mencionados y otros de diferente duración y profundidad: la articulación de Valle Nonguén

en Concepción¹¹, y la experiencia de los Cerros de Talcahuano¹² (Letelier, Cubillos, Fernández, Palacios, León, Saravia y Boyco, 2022). El análisis comparado se nutrió de sistematizaciones previas e información originada a partir de cada una de las experiencias mediante observación, registros fotográficos y entrevistas a actores clave. Usando la estrategia de estudio de caso, estas experiencias fueron descritas en tres dimensiones: i) origen y desarrollo del proceso que posibilita el escalamiento; ii) cambios en los sentidos y en las formas de relación comunitaria (cómo las relaciones comunitarias cambian con el escalamiento); y iii) efectos en la eficacia y alcance de la acción vecinal (cómo los escalamientos cambian las prácticas participativas).

Los procesos de entramamiento cotidiano se analizan en torno a dos casos: el primero corresponde a la Unidad Vecinal 22 Arturo Prat (también llamado Territorio 5), en la ciudad de Talca, y el segundo al sector Valle Nonguén en Concepción.

La investigación se realizó entre abril y septiembre del año 2021, utilizando una metodología cualitativa y aplicando 17 entrevistas semiestructuradas a actores claves. En el caso de la Unidad Vecinal (UV) Arturo Prat, se aplicaron siete entrevistas semiestructuradas. La muestra fue intencionada (Flick, 2007) bajo el criterio principal de que fueran habitantes del territorio y que hubieran participado en actividades del trabajo de articulación vecinal descrito anteriormente, tanto dirigentes/as como vecinos/as. En el sector de Nonguén se realizaron diez entrevistas semiestructuradas. Los principales criterios para intencionar la muestra fueron: ser personas residentes en el territorio y que participaran en alguna de las organizaciones comunitarias del sector mencionadas previamente. La selección de las y los entrevistados se basó, en definitiva, en la capacidad esperada de estos actores para entregar información acerca de la dinámica comunitaria del barrio en contexto de pandemia, considerando su experiencia organizacional y su conocimiento comunitario y territorial¹³.

Los casos, a pesar de la diferente escala de ciudad a la que pertenecen —el primero en una urbe intermedia y el segundo en un área metropolitana—, poseen algunas características comunes que los hacen interesantes para el estudio: una identidad territorial definida, características socioeconómicas similares y la existencia de dinámicas de trabajo y articulación vecinal. Asimismo, los equipos de investigación conocían las trayectorias de organización de ambos lugares y han desarrollado un vínculo con ellos, lo que facilitó la indagación.

La investigación se realizó con metodología cualitativa, utilizando la técnica de entrevistas semiestructuradas a una muestra intencionada de actores claves del proceso (Denzin y Lincoln, 2018; Flick, 2015), dirigidas a comprender sus experiencias y perspectivas sobre la cotidianidad del barrio en pandemia, especialmente respecto a las relaciones comunitarias.

¹¹ Concepción es la ciudad capital de la región del Biobío. Su población es de 200.000 habitantes y forma parte de la zona metropolitana denominada Gran Concepción, con una población aproximada de 1.000.000 de habitantes.

¹² Talcahuano es una ciudad de la región del Biobío. Su población es de aproximadamente 100.000 habitantes y forma parte de la zona metropolitana “Gran Concepción”, con una población aproximada de un millón de habitantes.

¹³ Es importante destacar que el acceso a informantes, en ambos casos, fue posibilitado por el conocimiento del equipo de investigación de los procesos de articulación vecinal previos y sus actores involucrados.

Los datos cualitativos provenientes de las entrevistas son complementados con los de una encuesta en la que se indaga sobre relaciones comunitarias cotidianas a nivel vecinal. Esta encuesta forma parte de una investigación actualmente en desarrollo desde el año 2022 y consiste en una encuesta probabilística y trietápica, con un N de 1.150 que representa la conurbación Talca-Maule.

Los entramamientos heterogéneos fueron informados a partir de un caso de estudio en Talca, utilizando dos técnicas. La primera corresponde a una etnografía virtual, específicamente al levantamiento de actividad web y observación no participante de entornos virtuales. La segunda técnica empleada fue la entrevista semiestructurada a cuatro líderes/as y dirigentes/as, realizada entre marzo y abril de 2021, con una pauta enfocada en conocer sus prácticas, formas de organización, redes de apoyo y discursos sobre la crisis. Los datos recopilados fueron posteriormente procesados a través de un análisis de contenido utilizando una matriz de vaciado. Todos los procesos de levantamiento de datos fueron realizados de forma remota, adaptando los métodos a las condiciones sanitarias que impuso la pandemia por COVID-19.

Una descripción sucinta de estas diferentes investigaciones y experiencias se presenta en el apartado de resultados, en la medida en que aportan a la discusión.

3. TRABAJO DE CAMPO Y ANÁLISIS DE DATOS

El trabajo de campo de los diferentes estudios e investigaciones se realizó en las siguientes fechas:

- Experiencias de articulación vecinal en la ciudad de Talca: 2016 y 2018.
- Estudio comparativo con otras experiencias de articulación: 2020.
- Estudio cualitativo sobre experiencias de la Unidad Vecinal 22 y de Valle Nonguén: 2021.
- Proyecto de investigación sobre “Prácticas comunitarias, políticas locales y gobernanza para la gestión de crisis”: 2020 y 2021.
- Proyecto de investigación “Limitaciones y posibilidades para la constitución de una esfera comunitaria autónoma en Chile”: 2022 a la fecha. La encuesta se realizó en febrero del 2023.

Para el procesamiento de datos cualitativos se utilizó el software N-vivo, con el que se crearon y usaron las categorías de análisis.

La encuesta “Entramados Comunitarios” del último estudio es una encuesta cara a cara a una muestra de 1.150 casos. El grupo objetivo son hombres y mujeres mayores de 18 años, habitantes de hogares de la ciudad de Talca y Maule, pertenecientes a los niveles socioeconómicos C1, C2, C3, D-E¹⁴. El muestreo fue probabilístico en cada una de las etapas (manzana, hogar y persona), siendo las personas seleccionadas aleatoriamente a través de la tabla de Kish.

¹⁴ En Chile la Asociación Nacional de Avisadores (ANDA) y la Asociación de Investigadores de Mercado (AIM) clasifican a los hogares en siete grupos: AB (clase alta), C1a (clase media acomodada), C1b (clase media emergente), C2 (clase media típica), C3 (clase media baja), D (clase media vulnerable) y E (pobres). En la región del Maule el estrato AB es el 0,5% de la población.

El análisis de datos se realizó con el software R y SPSS.

4. RESULTADOS

Los resultados de este conjunto de investigaciones es la caracterización de los tres desbordes que se presentan a continuación.

4.1 Agotamiento y búsqueda de formas comunitarias alternativas

Una de las experiencias de la que más se ha aprendido se inició en 2014 a partir de una alianza ONG-Universidad, en el marco del Programa Territorio y Acción Colectiva (TAC) en la ciudad de Talca. El programa se extendió hasta 2017. Se propuso fortalecer la articulación territorial y capacidad de acción en torno a agendas colectivas de desarrollo de mayor escala, autogeneradas por la propia comunidad vecinal y actores locales, y negociadas con las autoridades. A través de cuatro componentes (formativo, asociativo, político y comunicacional), las comunidades problematizaron su realidad y su territorio; adquirieron información y conocimiento técnico y político; analizaron y conocieron su posición y situación en el contexto mayor de una ciudad intermedia, crecientemente segregada; vía acciones comunitarias (fiestas y ferias barriales) reforzaron elementos identitarios; a través de la constitución de Mesas de Trabajo (Mesas Territoriales), impulsaron un vínculo dialógico con la autoridad en torno a sus agendas, construidas colectivamente, a la vez que promovieron, participaron y controlaron iniciativas públicas de desarrollo de sus territorios. El componente comunicacional permitió posicionar el proceso en el territorio urbano mayor, reforzando al mismo tiempo la autoestima y legitimidad de su acción colectiva vecinal. En el proceso, las tres Mesas Territoriales constituidas identificaron problemas en común y se dispusieron a trabajarlos en forma conjunta.

La experiencia se desarrolló en tres territorios:

- Las Américas, un sector socialmente homogéneo, compuesto por doce conjuntos y blocks de viviendas sociales construidos entre los años 1990 y 2000, como resultado de un proceso de expansión de la ciudad hacia zonas periféricas.
- El Territorio 5, conformado por diecinueve villas, con origen en la lucha que un grupo de familias desplegó en los años setenta para mantenerse en un terreno que se pretendía destinar a funcionarios de las Fuerzas Armadas. Las familias consiguieron quedarse y obtuvieron apoyo para mejorar sus viviendas y el entorno. A partir de este hito se produjeron nuevos procesos de expansión; los últimos fueron dos erradicaciones de campamentos levantados en la década del 2000, y un traslado centro/periferia y campo/ciudad, producto de la construcción de nuevos conjuntos de vivienda para damnificados por el terremoto del año 2010.
- La Unidad Vecinal 46, un amplio sector ubicado al norte de la ciudad de Talca, compuesto de dos grandes grupos de poblaciones: uno más antiguo, creado entre los años cincuenta y ochenta; y otro más reciente, construido entre los noventa y los 2000. En el territorio habitan familias de sectores socioeconómicos medio-bajos y medios, y en general posee un mayor capital cultural que los barrios antes descritos. Sin embargo, al mismo tiempo tiene una densidad organizacional mucho menor.

A raíz del trabajo de las Mesas Territoriales, se identifican tres grandes tendencias de cambio en las prácticas vecinales y, consecuentemente, en el modo de concebir el espacio vecinal.

En primer lugar, comienza a emerger un 'territorio nuevo', que está más allá de los recortes políticos-administrativos predefinidos y que se constituye a partir de las nuevas relaciones entre actores vecinales y la desnaturalización de la contención espacial. Este territorio es más complejo en términos de su composición demográfica, económica e institucional. Sus problemáticas y oportunidades son de escala mayor (escala ciudad) y, por tanto, exigen una comprensión y una acción más política. Un dirigente participante de la experiencia explica de este modo la nueva escala de trabajo vecinal:

Se diferencia en que aquí estamos a nivel de territorio, la junta de vecinos ve más que nada los problemas domésticos, de un poco de esto y de lo otro, pero de repente hay problemas en una junta de vecinos que tenemos que llevarlo al nivel de una mesa de trabajo (dirigente vecinal Territorio 5).

En segundo lugar, comienza a constituirse un nuevo actor: una red de organizaciones articuladas por vínculos débiles que se desacoplan de las lógicas de competición a las que estaban acostumbrados. Aprenden que los microintereses de la población o villa pueden coexistir con los intereses de un territorio mayor; por lo tanto, existe espacio para la cooperación:

La Mesa Territorial es un grupo de organizaciones, tanto barriales como funcionales, que se unen para ver los problemas comunes de todos y cómo darles orientación y solución a esos problemas. Es muy importante la articulación territorial, porque los problemas que yo tengo, también los tienen otros (dirigenta vecinal Las Américas).

En tercer lugar, empieza a transformarse la lógica de la acción vecinal, tradicionalmente supe-
ditada al poder de las autoridades y acotada a pequeños problemas cotidianos. Se comienza a visualizar una relación más simétrica con las instituciones de gobierno y una politización de los problemas urbanos que saca a la autoridad de su zona de confort. Esto se complementa con un nuevo repertorio de estrategias de acción, entre las cuales desempeñan un rol fundamental el conocimiento técnico y los medios de comunicación. Así lo explica uno de los participantes:

Yo creo que lo que cambió en los vecinos es que nosotros somos capaces de presentar un problema, buscarle solución y sentarnos de igual a igual con la autoridad. Yo soy igual de importante y vamos donde el administrador de la municipalidad y él tiene que ver los problemas... porque no son problemas de otro mundo, estos son problemas de la ciudad, y él tiene que solucionarlos, porque no son problemas de junta de vecinos, son problemas de ciudad, porque todo lo que presentamos nosotros es un tema de mejora de la calidad de vida, pero también de la ciudad que queremos. Nosotros trabajamos en una cadena, cada uno hace lo que hace mejor (dirigente vecinal Territorio 5).

Los procesos de articulación han tenido impactos muy concretos en la orientación de la acción y la inversión pública en los territorios. Efectivamente, las Mesas Territoriales consiguieron generar una agenda para las y los tomadores de decisiones y en torno a ella se ha implementado un conjunto de acciones, como el mejoramiento de espacios públicos, creación de nuevas áreas verdes, instalación de nuevo equipamiento comunitario, programas de mejoramiento de viviendas, revisión y redefinición de los recorridos del transporte público, etcétera.

La tabla 1 resalta las diferencias entre los distintos esquemas de trabajo comunitario vecinal.

Tabla 1: Comparación entre lo contenido y abierto

Dimensión	Lo vecinal cerrado	Lo vecinal abierto
Formas y escalas	Relaciones vecinales estructuradas a partir de una lógica de proximidad restringida, centrada en lo residencial. Determinadas y encapsuladas espacialmente. Tendencia a simplificar lo vecinal y concebirlo en microescalas.	Relaciones estructuradas por proximidades de diverso tipo y escala, no sólo residenciales. Las relaciones sociales y los usos urbanos tienen un papel importante en la producción de la espacialidad vecinal y sus límites. Su complejidad urbana permite una problematización ascendente de los problemas urbanos.
Modalidades de organización	Constituido por relaciones que sobrevaloran los vínculos fuertes, cohesivos y homogeneizadores, en desmedro de vínculos débiles y heterogéneos. Hiperlocalismo que encapsula los procesos vecinales y establece competencia con espacios urbanos cercanos. Modelos organizativos formales que siguen las pautas de planificación oficiales.	Las relaciones vecinales pueden estructurarse en torno a múltiples comunidades y redes articuladas tanto por vínculos fuertes como débiles. Las redes barriales están, a su vez, inmersas en procesos y redes mayores con los que interactúan de manera dinámica. Las relaciones se enmarcan en términos de cooperación y solidaridad territorial. Su organización combina formas tradicionales y formales con modelos informales de trabajo en red.
Agendas y Estrategias	La acción vecinal supeditada a la agenda de la autoridad, restringida a elementos urbanos contingentes y estrategias de acción acotadas a los marcos de planificación oficiales.	La acción vecinal está concebida a partir de una relación de mayor simetría con la autoridad, basada en agendas y políticas integrales. Las acciones movilizan múltiples recursos y estrategias, y van más allá de los marcos oficiales y tradicionales.

En 2020 los casos analizados fueron comparados con otros dos: la articulación vecinal de Valle Nonguén en Concepción¹⁵ y la experiencia de los Cerros de Talcahuano¹⁶.

Usando la estrategia de estudio de caso, las experiencias fueron descritas en tres dimensiones: i) origen y desarrollo del proceso que posibilita el escalamiento; ii) cambios en los sentidos y en las formas de relación comunitaria (cómo las relaciones comunitarias cambian con el escalamiento); y iii) efectos en la eficacia y alcance de la acción vecinal (cómo los escalamientos cambian las prácticas participativas).

Aunque no es posible presentar acá el detalle de ese estudio, sus conclusiones muestran cómo el cambio de escala es una de las salidas para la crisis de la forma dominante de organizar las relaciones comunitarias.

Ambas experiencias muestran que en la medida en que la acción comunitaria se libera de la concepción dominante de barrio-comunidad, la estructura de relaciones se complejiza incorporando relaciones con círculos distantes mediante vínculos débiles. El uso de dispositivos de coor-

dinación de segundo nivel (como las Mesas Territoriales) enmarca y favorece esta articulación, lo que significa un cambio en los mapas cognitivos con que se mira el propio territorio.

La modalidad de participación en el nivel meso se caracteriza por la articulación basada en vínculos débiles ecualizados con vínculos fuertes preexistentes. La

15 Concepción es la ciudad capital de la región del Biobío. Su población es de 200.000 habitantes y forma parte de la zona metropolitana denominada Gran Concepción, con una población aproximada de 1.000.000 de habitantes.

16 Talcahuano es una ciudad de la región del Biobío. Su población es de aproximadamente 100.000 habitantes, y forma parte de la zona metropolitana "Gran Concepción", con una población aproximada de un millón de habitantes.

La gestión es fuertemente relacional y la articulación es, a la vez, una estrategia y un recurso. Consecuentemente, la participación se modela en ese registro, lo que implica legitimar espacios de conversación institucional, apalancar recursos de diversas fuentes, mantener distancias semánticas respecto a los proyectos políticos e instrumentalizar lo institucional estatal o privado, pero sostenido en un marco ético compartido basado en ideas como igualdad, dignidad y soberanía.

4.2. SEGUNDO DESBORDE: ENTRAMAMIENTOS COTIDIANOS

Los entramamientos organizativos se sostienen sobre la estructura de las organizaciones comunitarias, la cual está compuesta por un pequeño equipo de dirigentes/as, tres o cuatro, que concentran gran parte del poder, y un grupo de vecinos y vecinas que los y las acompaña y que conforman comités que cumplen tareas rutinarias y específicas, como visitar a las y los enfermos, entregar los regalos de Navidad u organizar una festividad. Hay que recordar que en Chile no más del 7% de las personas participa en la organización vecinal.

En el contexto anterior, las articulaciones son entre dirigentes/as, no entre estructuras comunitarias. Así, cuando cambian los liderazgos, la articulación se debilita o desaparece. Los esfuerzos por producir procesos de articulación tendrán siempre un límite en los recursos de acción que cada organización vecinal tiene. Esto abre paso a un segundo camino de transformación/acción que se ha identificado a partir de las investigaciones: el papel de los entramamientos comunitarios cotidianos.

La emergencia por COVID-19 y las políticas de restricción de la movilidad hicieron que procesos de articulación territorial que emergieron con el estallido se debilitaran. A la crisis social y política le siguió otra. Mientras que la politización de octubre abrió espacios, el confinamiento los cerró. Pero al mismo tiempo se produjeron otras dinámicas: la incapacidad del Estado para hacer frente a las precariedades que produjo el confinamiento y el cierre de muchos espacios de comercio, las limitaciones para salir del barrio y la imposibilidad de seguir con las rutinas organizativas tradicionales.

En Chile, todas las políticas sociosanitarias relacionadas con el COVID-19 tuvieron un enfoque individual o, a lo más, familiar. No existieron, para ellas, los entramados comunitarios, los entornos próximos, los vecindarios.

Sin embargo, a pesar de las políticas aplicadas, en la realidad cotidiana los espacios de proximidad como la calle, el pasaje, el barrio, fueron fundamentales para enfrentar el día a día. A contrapelo de la política pública definida, el confinamiento fue “comunitario”.

Varios estudios señalan que en la pandemia las personas vieron en sus entornos próximos y en sus vecinos y vecinas una fuente de ayuda y seguridad. Por ejemplo, de acuerdo a los resultados de la Encuesta Nacional Bicentenario 2020 (Centro de Políticas Públicas UC, 2020), el 46% de las personas encuestadas dijeron tener mucha o bastante confianza en la capacidad de sus vecinas/os de cuidarse y actuar responsablemente con los demás. Dicho porcentaje es mayor que la confianza en otras entidades, como la capacidad de los hospitales y servicios de salud de ofrecer cuidados intensivos a todos/as los/as que lo necesitaran (37%), la capacidad de carabineros y Fuerzas Armadas para hacer cumplir la cuarentena (33%), la capacidad de las autoridades de salud de controlar la pandemia en el país (26%) y la confianza en los medios de comunicación en entregar información verdadera sobre lo que estaba pasando (13%).

Dado el contraste entre la ausencia de políticas públicas que reconocieran el valor de lo comunitario en la gestión de la crisis sociosanitaria y la evidencia de su contribución, resultó ser muy relevante estudiar empíricamente los vínculos y relaciones que permitieron sostener la vida en los espacios de proximidad, principalmente el barrio.

A partir de los casos estudiados, queda en evidencia que las medidas de confinamiento domiciliario dictadas e impuestas por el Estado –con un fuerte componente individual y familiar– no pudieron ser sostenidas en la práctica, sino que se vivieron en la proximidad, que podría entenderse como un espacio de familiaridad pública, y través de la actuación de múltiples entramados comunitarios, los que permitieron satisfacer necesidades y sostener la vida.

La tabla 2 sintetiza las principales prácticas comunitarias que se desarrollaron en el contexto de confinamiento, los espacios en que se llevaron a cabo, sus principales agentes y los bienes relacionales que produjeron.

Tabla 2: Prácticas comunitarias y reproducción de la vida durante la crisis del COVID-19: Talca y Concepción

Prácticas	Espacios	Actores	Dimensión	Efectos/bienes comunes producidos
Interacciones cotidianas e informales (saludos, conversaciones)	Calles y pasajes del barrio	Vecinos y vecinas	Simbólica, psicoemocional, social	Familiaridad pública, soporte emocional, sentido de comunidad y pertenencia
Ocupación y encuentro en espacios públicos	Espacios naturales, parques, plazas y espacios deportivos	Jóvenes, niños y niñas, personas adultas mayores	Simbólica, psicoemocional, social	Familiaridad pública, soporte emocional, sentido de comunidad y pertenencia, sociabilidad, recreación, actividad física, contacto con la naturaleza

Abastecimiento en el entorno próximo	Almacenes y tiendas de barrio	Vecinos y vecinas; dueños/as de tiendas de barrio	Material, psicosocial	Satisfacción de necesidades materiales, familiaridad pública, acceso a información, valoración de la proximidad y sentido de pertenencia al lugar
Grupos virtuales de sociabilidad	Redes sociales	Grupos de vecinos/as	Psicoemocional	Sociabilidad, soporte emocional, acceso a información
Grupos virtuales para la compra y venta de productos	Redes sociales	Vecinos/vecinas; comerciantes del barrio	Material	Grupos virtuales para la compra y venta de productos
Acompañamiento y prácticas de espiritualidad	Redes sociales	Iglesias y grupos de oración	Psicoemocional, espiritual	Soporte emocional y espiritual, sentido de comunidad y pertenencia, significado y propósito de vida
Colectas solidarias de dinero o mercaderías	Redes sociales	Organizaciones comunitarias, grupos de vecinos y vecinas	Material, psicoemocional y social	Apoyo a satisfacción de necesidades materiales de familias más vulnerables, sentido de comunidad, solidaridad
Ollas comunes comunitarias	Espacios públicos, sedes sociales, escuelas	Organizaciones comunitarias, grupos de vecinos/as; apoyo municipal	Material, psicoemocional y social	Satisfacción de necesidades materiales de familias más vulnerables; sociabilidad, soporte emocional, sentido de comunidad, solidaridad

Si bien existían antes de la crisis sanitaria, las cuatro primeras (interacciones cotidianas e informales, ocupación y encuentro en espacios públicos, abastecimiento en el entorno próximo y grupos virtuales de sociabilidad) adquirieron mayor protagonismo y significación en un marco donde los espacios organizativos formales no estaban funcionando y la movilidad estaba restringida. A la vez, estas prácticas demuestran que la restricción del vínculo social fue una exigencia “contra natura” y que, en la práctica, las personas vivieron un confinamiento no individual/familiar, sino comunitario. Una de las vecinas entrevistadas reivindica de este modo el valor de las relaciones de proximidad:

El territorio de nosotros, sabe usted, antes yo le criticaba por ser periférico. Ahora me gusta que haya sido periférico, porque es un lugar donde la gente sale afuera; va a comprar el pan, va al almacén. (...) Y el negocio de la señora Juanita y la panadería de don Carlos están abiertas y se conocen los horarios y le golpean por el lado y tiene

sus cosas. Me ha gustado ser barrial en este tiempo, me ha gustado mucho. He sentido que, en lo periférico, se ha notado menos esto del encierro, menos que a nivel central (Fresia, Talca).

Las cuatro prácticas siguientes (grupos virtuales para la compra y venta de productos, acompañamiento y prácticas de espiritualidad, colectas solidarias de dinero o mercaderías y ollas comunes comunitarias) no existían antes de la pandemia. Sobre las colectas, una de las entrevistadas relata:

Entre vecinos, nosotros nos ayudamos, pero con mucho cuidado, porque nosotros no podemos andar ahora ya casa por casa. Entonces, de repente, entre poquitos vecinos: "Oye, ¿sabes qué?, supimos que quedó sin trabajo tal vecino y no va a tener ayuda de nada"; "ya po", hagamos una colecta entre nosotros y nos vamos al supermercado y le compramos alguna cosita y se la entregamos (Mónica, Talca).

Otra persona entrevistada describe de este modo las ollas comunes:

El Bloque de Mujeres Nonguenche hicieron ollas comunes, ya que se vio la necesidad de que había gente que no tenía qué comer (...) [Se activó] como discurso bien político desde la ayuda a la gente que había perdido su empleo y no había tenido acceso a poder comer (...) Se dio eso bastante. Ellas hacían entrega a las mismas casas de gente y cocinaban en la misma feria, en una sede social que había ahí (Gonzalo, Concepción).

Estas prácticas se originaron a partir de necesidades provocadas por las condiciones que generó la crisis y las restricciones asociadas a ella. Representan la plasticidad comunitaria para adaptarse a nuevos contextos y necesidades, a la vez que refuerzan la idea de un confinamiento vivido de modo comunitario. De ellas, se mantienen hasta hoy los grupos virtuales para la compra y venta de productos. El acompañamiento espiritual volvió al formato presencial. Las colectas y las ollas, como ha sucedido en la mayoría de los lugares, han terminado su funcionamiento a partir de la normalización de la capacidad familiar de generar ingresos.

En su conjunto, estas prácticas dan cuenta de que las formas que adoptan las relaciones comunitarias desbordan las configuraciones y prácticas convencionales, entre ellas, la organización formal, su modo de funcionamiento habitual centrado en la reunión presencial y su énfasis en la petición al Estado. Cuando estas se desactivan (pierden protagonismo), toman relevancia y surgen modalidades más flexibles, relacionales y autónomas.

Si bien estos entramados se expresan con más claridad en momentos de crisis, están presentes permanentemente. La encuesta "Entramados Comunitarios" aplicada en febrero de 2023, muestra una serie relaciones vecinales y prácticas de colaboración entre vecinos/as en torno a situaciones de la vida cotidiana. El 75% se saluda diariamente, lo que sube a un 93% si se agregan los y las que lo hacen una o dos veces por semana. Un 71,5% se detiene a conversar a diario o una o dos veces por semana. Un 56% comparte con otras personas en los almacenes del barrio diariamente o una o dos veces por semana y el mismo porcentaje lo hace con la misma frecuencia en calles o pasajes donde vive. De este modo, la calle se visibiliza como un espacio privilegiado de encuentro con otros/as y de despliegue de interacciones constitutivas de la vida social. Los encuentros casuales entre personas que se pueden no volver a ver, pero que no necesariamente se asocian al anonimato, generan familiaridad pública que se relaciona

con el reconocer y ser reconocido en ciertos espacios, lo que se asocia con la “creación” de una zona de confort: donde se puede mover con facilidad, el entorno se hace previsible y se confía en los demás. Esto es generado a partir de la frecuencia y el uso de los espacios. Una frase que puede ayudar a graficar esto es “me da confianza y seguridad ver caras conocidas en mi barrio, aunque no me relacione con ellos/as”, con la que un 74,6% está de acuerdo.

Las buenas relaciones vecinales posibilitan un conjunto de prácticas de colaboración que se dan con relativa regularidad. Al menos una o dos veces al mes el 62% de las/os encuestadas/os “se hace favores con sus vecinos/as (cuidar la casa, a un hijo/a o mascota; regar plantas; recibir encomiendas)”; el 37% “guarda las llaves de la casa de un vecino/a”; el 30% “cuida o ayuda a cuidar a algún/a vecino/a”; y el 20% “comparte celebraciones entre familias”. En este sentido, por momentos, en el barrio existe una red de desplazamientos, prácticas y relaciones que permiten el sostenimiento de la vida individual, familiar y barrial.

Así, la familiaridad pública, las prácticas colaborativas y la capacidad de actuar colectivamente en casos críticos muestran una dimensión de lo vecinal que no está generalmente incorporada a las agendas de las organizaciones formales, y contrasta con los niveles de participación que se dan en torno a las mismas. La participación en organizaciones formales –como las juntas de vecinos– es poco relevante –sólo un 10% de las personas encuestadas dice participar regularmente en sus actividades–, sin embargo, los resultados muestran que existe interés y disposición a vincularse con ellas: un 20% declara mantenerse informada/o y colaborar de vez en cuando y un 23% que le gustaría participar, pero no puede. Cuando se pregunta por participación en actividades vecinales donde se incluyen otras actividades distintas a las reuniones (ferias o talleres), un 30% declara asistir una o dos veces al mes. Un 43% conoce la existencia de grupos de WhatsApp, Facebook u otros en su barrio, y de ellas/os un 49% dice que al menos un miembro de su familia participa en ellos, siendo utilizados principalmente con fines de ayuda comunitaria (62%), seguridad pública (70%) e intercambio de información, productos y servicios (53%). Estos datos pueden significar que los mecanismos o espacios institucionales de participación organizada son significativos o pertinentes.

4.3. TERCER DESBORDE: ENTRAMAMIENTOS TERRITORIALES HETEROGÉNEOS

En el Chile del estallido social surgieron formas de autoorganización que, pese a ser mayoritariamente de corta duración, tuvieron una masividad importante. Las formas más visibles fueron el cabildo o la asamblea territorial. Un informe de sistematización registró, de hecho, más de mil doscientos cabildos a través de todo el país. Estas orgánicas intentaron, en algunos casos, articularse y proyectarse en el tiempo, pero el contexto de la pandemia de COVID-19 y sus restricciones sanitarias lo impidieron.

Se analizó uno de estos casos en profundidad. En noviembre de 2019 –y durante el tiempo que duró la revuelta– algunos/as vecinos/as movilizados/as en un sector de la ciudad de Talca vieron la necesidad de enlazar a los diferentes cabildos en una iniciativa denominada Coordinadora Sur Poniente, desplegando acciones como protestas, encuentros territoriales, ferias populares, difusión y formación política. Para ello, establecieron un sistema de representación en el que los cabildos comunicaban las ideas y decisiones a la Coordinadora y viceversa. Para

las y los participantes el estallido fue un momento que permitió redefinir la vecindad, poner en juego su politicidad:

En este momento, cuando ocurre la revuelta, esta insurrección popular, me llamó mucho la atención que los vecinos se tomaran las calles... Entonces, ese ambiente permitió una cercanía y una afinidad en el sentido de "estamos en la misma", nos empezamos a reconocer, más allá de ser vecinos, empezamos a reconocer que teníamos una misma posición ante lo que estaba ocurriendo (participante Coordinadora Sur Poniente).

Con la llegada del COVID-19 los cabildos dejaron de realizarse, pero la Coordinadora siguió funcionando de manera autónoma. Durante la pandemia, desarrolló campañas solidarias para entregar alimentos y levantar un catastro económico y emocional.

Empezamos a generar otros estilos de participación que tiene que ver con las redes: se hizo este catastro de cómo enfrentar la situación, se respondió un cuestionario que recogía información sobre cómo nos afectaba la pandemia, el encierro, el distanciamiento y que diéramos nuestras opiniones para contenernos. Pusimos importancia en ir en ayuda de quienes lo estaban pasando mal, de quienes habían quedado sin trabajo y que por la pandemia no podían salir a buscar trabajo (participante Coordinadora Sur Poniente).

Además, participó del proceso electoral del año 2020 para la elección de candidatos/as independientes a la Convención Constituyente, que tendría por mandato proponer un nuevo texto constitucional.

La experiencia de la Coordinadora Sur Poniente muestra tres rasgos específicos y novedosos en relación con los casos que los autores habían analizado y acompañado anteriormente. En primer lugar, reunió a organizaciones y actores diversos: territoriales, funcionales, de incidencia, políticas y ciudadanos/as. La relación entre organizaciones con culturas distintas permite potenciar ciertos "desplazamientos" de los marcos de referencia de las organizaciones. Por ejemplo, las entidades comunitarias vecinales tienen su dominancia en la solidaridad en torno a un territorio, pero tienen el potencial de desplazarse hacia intereses temáticos que están más allá del territorio, en lo público. Al mismo tiempo, las organizaciones de incidencia tienen su dominancia en el actuar en lo público, pero pueden desplazarse hacia el ámbito de las solidaridades territoriales.

Siempre hemos mezclado el tema de la elección [plebiscito constitucional de octubre del 2020] con lo barrial porque entendemos que la Coordinadora eran vecinos y vecinas con diferencias políticas, había gente que estaba más ligada a la Concertación —nunca políticos—, militantes o con cercanías políticas, otros que eran anarquistas, antisistémicos. En el fondo, fuimos capaces de generar una articulación entre todas y todos y hacer cosas buenas y cosas bacanes. De alguna manera siento que, al menos yo, he mantenido las aguas separadas, con la intención de que uno espera que el día de mañana se pueda rearticular el tejido social, volver a hacer ferias, volver a hacer cabildos, volver a hacer tardes culturales, volver a organizarnos cuando acabe la pandemia. Yo creo que eso es lo que estamos esperando muchos y ver qué es lo que va a pasar. Ver qué es lo que vamos a hacer después de la pandemia porque es algo necesario (participante Coordinadora Sur Poniente).

En segundo lugar, la dinámica de articulación se orientó a la participación de la comunidad local en la discusión y en la agenda pública, así como a la reproducción del proceso en el territorio, más que a la búsqueda de interlocución con las autoridades institucionales. Finalmente, el mismo territorio fue significado como un emplazamiento desde el cual fue posible ensayar diferentes formas de lo social. Uno de los participantes lo expresa de este modo:

Se plantea el dar paso hacia generar hechos culturales y político-sociales en el sector que tiendan a visibilizar nuestra naciente Coordinadora, que es con las ferias libres, cuando se organiza la primera feria libre de la Coordinadora Sur Poniente... Que es todo un evento de buen vivir y de un mercado justo entre los vecinos y vecinas, donde se invita a que saquen sus creaciones, vendan lo que puedan vender. Pero también se suma con actividad cultural, se invita también a las demandas sociales, como a las organizaciones feministas o a la Coordinadora No + AFP u otras que tengan su propio stand y representación en la feria, eso va generando un paso significativo en la organización (participante Coordinadora Sur Poniente).

El proceso se debilitó producto de las medidas de confinamiento y de que muchos de los liderazgos que lo impulsaron se volcaron al proceso constituyente que se inició en Chile en 2020. La experiencia no alcanzó a instituir mecanismos y orgánicas que permitieran mantener el flujo entre entramados cotidianos, organizaciones territoriales y colectivos/redes de incidencia. Con el tiempo, y salvo vínculos puntuales, los entramados se disolvieron, las organizaciones territoriales volvieron a sus agendas y las redes/grupos de incidencia dejaron de priorizar el trabajo territorial. Lo comunitario quedó nuevamente fragmentado.

5. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Los desbordes reseñados tienen potencialidades y limitaciones. Los esfuerzos de articulación territorial comunitaria en escalas meso tienen efectos importantes sobre los procesos participativos. La evidencia sugiere que, al operar en una escala mayor, se logra incrementar la efectividad para participar en la producción del territorio.

Cuando las redes que conforman una geografía vecinal más compleja se ponen en movimiento, la territorialidad se amplifica hacia agendas más integrales y las estrategias también se modifican: desde la petición se transita hacia la propuesta, la reivindicación y la negociación con la autoridad (Letelier, 2018).

Sin embargo, los procesos de articulación organizacional que se han observado tienen una limitación por el tipo de estructura interna de las organizaciones que le dan origen. Aunque sean organizaciones de base, estos entramamientos se debilitan producto de la dificultad de producir redes de trabajo al interior de las propias comunidades.

Estas tramas más reticulares sí aparecen en lo que se ha denominado como “entramamientos cotidianos”, sin embargo, al no ser parte de una estructura organizacional común, aparecen fragmentadas. Así, consideradas aisladamente, la olla común, la ayuda entre vecinas/os para el uso de tecnologías, la conversación, la caminata y el saludo en el parque, el grupo de WhatsApp que se convirtió en un mercado virtual informal, la feria en la escuela, la coordinación cotidiana del comedor solidario, etc., pueden parecer un enjambre de acciones acotadas que

no tienen conexión. Sin embargo, si se asume que todas ellas son relaciones de compartencia, que operan bajo la regla de la reciprocidad y que satisfacen necesidades individuales y colectivas, porque producen bienes comunes, se notará que emerge una esfera con sentido propio. Una que es capaz de reconfigurarse ante las crisis, de producir bienes comunes pertinentes y de traspasar sus propias fronteras para actuar e interactuar con esferas distintas, manteniendo su autonomía relativa. Observar los entramados cotidianos implica, por lo tanto, un esfuerzo conceptual por superar la fragmentación aparente de lo comunitario.

Este nuevo sentido de lo comunitario, como esfera, aparece con mayor claridad en el tercer tipo de entramamiento presentado, al que se ha denominado heterogéneo, puesto que conjuga organizaciones territoriales convencionales, grupos y redes de incidencia y entramamientos cotidianos. En la experiencia de este tipo se destaca cómo las relaciones comunitarias tienen un carácter de independencia y se configuran de manera reticular, sociocéntrica y performática, como una esfera con autonomía relativa. En ellas el Estado no es el interlocutor principal, no hay un afán peticionario, la búsqueda es la reproducción del propio movimiento y de la sociedad local. Esto, a través de la escenificación de un modo autosuficiente de gestionar el territorio y las propias problemáticas, y la disposición de la comunidad de asumir de manera más integral las diferentes necesidades y dimensiones de la vida.

Iniciativas como las ferias para generar ingresos, los encuentros y talleres para formar políticamente a los vecinos y vecinas, o el catastro de la situación económica y emocional del sector evidencian esa impronta de heterogeneidad.

Más allá de la continuidad del proceso y de los resultados objetivamente conseguidos, se trata de experiencias que desbordan los límites definidos por las formas tradicionales de gestionar las organizaciones sociales en el país.

Es preciso volver, entonces, al problema que inició esta reflexión: en Chile, la forma dominante en que se organizan las relaciones comunitarias tiene escaso poder para expresar lo comunitario como una esfera con autonomía y capacidad de producir lo social desde una lógica distinta a la del Estado y el capital. Esta forma se sostiene en cuatro elementos ideológicos que conforman su cultura dominante: heteronomía, contención, despolitización y burocratización.

Pero al estar la politicidad comunitaria vecinal fundamentada en el habitar en común, es decir, conectada y demandada por un vivir real, estos marcos son exigidos y eventualmente desbordados, y lo han sido con más intensidad a partir de 2011. Los entramamientos organizativos, cotidianos y heterogéneos, son desbordes que ayudan a reconocer distintos aspectos complementarios de lo comunitario local: las relaciones cotidianas y sus recursos (vínculos primarios, incluyendo familiares, amicales y microterritoriales, prácticas, saberes y padeceres), las organizaciones comunitarias funcionales y territoriales (su trayectoria, su sentido territorial, su capacidad de estructurar la acción, su número y filiación) y las organizaciones/redes/colectivos de incidencia, temáticas o de activismo (su flexibilidad, su conocimiento técnico-político, su politicidad y autonomía).

Todos ellos tienen potencial para producir cambios en la cultura dominante, pero se ha señalado claramente que presentan limitaciones. El desafío que parece importante abordar desde el ámbito académico es producir una imagen de lo comunitario local capaz de disputar el efecto de fragmentación, ese del que nos hablan Gutiérrez y Salazar (2015, p. 26) cuando señalan

que, en el capitalismo, “los diversos procesos de reproducción de la existencia se subordinan a la producción de capital, apareciendo como [un] conjunto de actividades fragmentadas, secundarias y sin significado propio”; a su vez, “la política estatal –aparentemente el único lugar para la realización de la gestión colectiva– se sitúa por encima de la sociedad, velando –según su propio decir– por el ‘bien común’ y relegando la reproducción social al ámbito de lo privado”.

Es por esto que pensar en lo comunitario local como esfera, que contiene múltiples entramados, permite visibilizar que, por muy distintos que sean los ámbitos en que se desenvuelven las experiencias y por más diversas que sean sus formas, tienen un denominador común: sostener la vida. Al mismo tiempo, esto lleva a relevar las conexiones (o desconexiones) que existen entre entramados diversos y su mutuo reconocimiento como parte del proceso de reproducción de la vida.

Al hablar de esfera comunitaria local se hace referencia, entonces, a una forma relacional con un alcance/potencial político, de hacer visible lo opaco (la pura sociabilidad). Persigue no sólo reunir regularidades observables, sino que visibilizar y hacer emerger lo invisible. Por esto es que puede ser utilizada en distintas escalas y ámbitos para destacar el papel de lo comunitario en la reproducción y sostenimiento de la vida.

Una esfera comunitaria local con autonomía relativa sería aquella que logra articular los distintos entramados y se reconoce a sí misma y se expresa en su capacidad de reproducir la vida a partir de recursos, estrategias y racionalidades propias, diferentes a las del capital y de la política estatal. Desde este reconocimiento, lo comunitario podría integrar una gran diversidad de entramados y formas de sociabilidad e interactuar con otras esferas, manteniendo su autonomía relativa y trabajando para reproducir y ampliar su propia trama de relaciones (Escobar, 2016; Zibechi, 2006).

La idea de esfera comunitaria puede ayudar a activar conexiones entre dimensiones que se entienden como separadas. En particular, puede contribuir a que las juntas de vecinos¹⁶, el mayor soporte organizacional disponible para la extensión de fórmulas democráticas y participativas en el ámbito local (Arnold, 2002), en tanto componente de un universo mayor (y no expresión exclusiva de él), actúen como “bisagras” o “portales”: por un lado, propiciando una relación de tipo descendente, conectándose con las múltiples interacciones y colaboraciones cotidianas y con entramados amicales y familiares existentes en el territorio, y, por otro, en una relación ascendente, con organizaciones similares en el territorio y con otras animadas por valores e intereses comunes, más allá del territorio, con el fin de implementar arenas de participación y deliberación capaces de vincular lo cotidiano y lo público.

6. REFERENCIAS

- Aguilera, Ó., & Alvarez, J. (2015). El ciclo de movilización en Chile 2005-2012: Fundamentos y proyecciones de una politización. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 28, 5-32.
- Anigstein, M. S., Watkins, L., Vergara Escobar, F., & Osorio-Parraguez, P. (2021). En medio de la crisis sanitaria y la crisis sociopolítica: Cuidados comunitarios y afrontamiento de las consecuencias de la pandemia de la covid-19 en Santiago de Chile. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 45, 53-77. <https://doi.org/10.7440/antipoda45.2021.03>
- Arnold, M. (2002). Modelos culturales en organizaciones sociales participacionales: La cultura organizacional comunitaria (1. ed). *Programa de Investigación y Formación para Organizaciones Asociativas y Cooperativas*: Bravo y Allende Editores.
- Barozet, E. (2016). Entre la urna, las redes sociales y la calle: Las relaciones entre movimientos sociales y partidos políticos en el Chile democrático. En *La gran ruptura*. LOM Ediciones.
- Blokland, T., & Nast, J. (2014). From Public Familiarity to Comfort Zone: The Relevance of Absent Ties for Belonging in Berlin's Mixed Neighbourhoods: Belonging in Berlin's mixed neighbourhoods. *International Journal of Urban and Regional Research*, 38(4), 1142-1159. <https://doi.org/10.1111/1468-2427.12126>
- Calderón, F. (Ed.). (2012). *La protesta social en América Latina*. PAPEP, PNUD, Siglo XXI Editores.
- Castells, M. (1973). Movimientos de pobladores y lucha de clases en Chile. *Revista EURE-Revista de Estudios Urbano Regionales*, 3(7), 9-35.
- Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT), & ONG Surmaule. (2014). *Encuesta de caracterización regional del Maule*. https://portal.ucm.cl//content/uploads/2018/10/4_Encuesta_caracterizacion_Regional_Maule..pdf
- Centro de Políticas Públicas UC. (2020). *Encuesta Nacional Bicentenario UC*. <https://encuesta-bicentenario.uc.cl/resultados/>
- Consejo Nacional de Participación Ciudadana y Fortalecimiento de la Sociedad Civil. (2017). *Informe Final: Estado de la participación ciudadana en Chile y propuestas de reforma a la Ley 20.500 sobre Asociaciones y Participación Ciudadana en la Gestión Pública*.
- Cubillos Almendra, J., Tapia, V., & Letelier Troncoso, F. (2022). Juntas nos cuidamos: Entramados comunitarios feministas durante la pandemia por Covid-19. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 29, 1. <https://doi.org/10.29101/crcs.v29i0.18149>
- Delamaza, G. (2004). Innovaciones ciudadanas y políticas públicas locales en Chile. *Persona y Sociedad*, XVIII(2), 263-284.
- Delamaza, G. (2016). Una mirada a los procesos de acción colectiva en Chile. En F. Letelier Troncoso & J. Gualteros (eds.), *Acción Colectiva, articulación y territorio (Sur)*.
- Denzin, N. K., & Lincoln, Y. S. (Eds.). (2018). *The SAGE handbook of qualitative research (Fifth edition)*. SAGE.

- Donati, P., & García, P. (2021). *Sociología relacional. Una lectura de la sociedad emergente*. Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Drake, P. W., & Jaksic, I. (Eds.). (1999). *El modelo chileno: Democracia y desarrollo en los noventa (1. ed)*. LOM Ediciones.
- Escobar, A. (2016). *Autonomía y diseño: La realización de lo comunal (Primera edición en castellano)*. Editorial Universidad del Cauca.
- Espinoza, V. (1998). Historia social de la acción colectiva urbana: Los pobladores de Santiago, 1957-1987. *EURE (Santiago)*, 24(72), 71-84. <https://doi.org/10.4067/S0250-71611998007200004>
- Espinoza, V. (2004). De la política social a la participación en un nuevo contrato de ciudadanía. *Política. Revista de Ciencia Política*, 43, 149-183.
- Espinoza, V. (2013). Local associations in Chile: Social innovation in a mature neoliberal society. En *The International Handbook on Social Innovation: Collective Action, Social Learning and Transdisciplinary Research*. Edward Elgar.
- Flick, U. (2015). *El diseño de investigación cualitativa*. Ediciones Morata.
- Flick, U. (2018). *Introducción a la investigación cualitativa (cuarta edición [reimpresión])*. Fundación Paideia, Ediciones Morata.
- Ganter, R., Zarzuri, R., Henríquez, K., & Goecke, X. (Eds.). (2022). *El despertar chileno: Revuelta y subjetividad política*. Universidad de Concepción, Universidad Bernardo O'Higgins, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, CLACSO.
- Garretón, M., Barozet, E., Martner, G., Ruiz, C., Delamaza, G., Zarzuri, R., & Fuentes, C. (Eds.). (2016). *La gran ruptura: Institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI (primera edición)*. LOM Ediciones.
- González, R. (2016). Una mirada a los procesos de acción colectiva en Chile. En F. Letelier Troncoso & J. Gualteros (eds.), *Acción Colectiva, articulación y territorio (Sur)*.
- Granovetter, M. (1973). The Strength of Weak Ties. *American Journal of Sociology*, 78(6), 1360-1380. <https://doi.org/10.1086/225469>
- Granovetter, M. (1983). The Strength of Weak Ties: A Network Theory Revisited. *Sociological Theory*, 1, 201. <https://doi.org/10.2307/202051>
- Gutierrez Aguilar, R. (2011). Pistas reflexivas para orientarnos en una turbulenta época de peligro. En *Palabras para tejernos, resistir y transformar en la época que estamos viviendo* (pp. 31-55). <https://redmovimientos.mx/wp-content/uploads/2016/10/palabras-para-tejernos-resistir-y-transformar-en-la-epoca-que-estamos-viviendo-pdf.pdf#page=32>
- Gutierrez Aguilar, R., & Salazar Lohman, H. (2015). Reproducción comunitaria de la vida. Pensando la transformación social en el presente. En *El Apantle, Revista de Estudios Comunitarios (Sociedad Comunitaria de Estudios Estratégicos, Vol. 1, pp. 17-50)*. <https://horizontescomunitarios.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/01/elapantle.pdf>

- Hernández, C., & Sazo, D. (2015). Movilización y resistencia verde: Los conflictos socioambientales en Chile, 2000-2013. *Revista de Gestión Pública*, IV(2), 217-251.
- Ibáñez, J. (1994). *El regreso del sujeto: La investigación social de segundo orden*. Siglo XXI Editores.
- Irrarrazabal, I., & Streeter, P. (2020). *Mapa de las Organizaciones de la Sociedad Civil 2020*. Centro de Políticas Públicas UC, Fundación Chile+Hoy. <https://politicaspublicas.uc.cl/publicacion/mapa-organizaciones-sociedad-civil-2020/>
- Letelier, F., Cubillos, J., Fernández, V., Palacios, F., León, J., Saravia, F., & Boyco, P. (2021). Escalamientos vecinales, poder y participación. Los casos de Talca, Concepción y Talcahuano. En *Experiencias participativas en el Chile actual* (pp. 29-59). RIL Editores.
- Letelier, F., Paredes, J. P., Fernández, V., & Adasme, B. (2021). La autonomía de la esfera comunitaria vecinal. En *Lo comunitario. Alternativas en tiempos de crisis*. Ediciones UCM.
- Letelier Troncoso, F., Boyco Chioino, P., Cubillos Almendra, J., Tapia, V., & Irazábal, C. (Eds.). (2019). *Lo vecinal en Chile: Concepto, políticas y prácticas en disputa*. Ediciones UCM.
- Letelier Troncoso, F. (2018). El barrio en cuestión. Fragmentación y despolitización de lo vecinal en la era neoliberal. *Scripta Nova*, 22. <https://doi.org/10.1344/sn2018.22.21518>
- Letelier Troncoso, F., Micheletti, S., Boyco Chioino, P. L., & Fernández González, V. (2019). Problematicación de las espacialidades vecinales como estrategia de intervención comunitaria. *GeoGraphos. Revista Digital para Estudiantes de Geografía y Ciencias Sociales*, 10. <https://doi.org/10.14198/GEOGRA2019.10.112>
- Márquez, F. (2004). Historias e imaginarios de movilidad en sujetos pobres urbanos: Respuestas estatales a historias singulares. *Informe final Proyecto FONDECYT N.º 1020318*.
- Ministerio de Desarrollo Social. (2000). *Encuesta de caracterización Socioeconómica*, CASEN [dataset].
- Ministerio de Desarrollo Social. (2017). *Encuesta de caracterización Socioeconómica*, CASEN [dataset].
- Ministerio de Desarrollo Social. (2022). *Encuesta de caracterización Socioeconómica*, CASEN [dataset].
- Monje Reyes, P. (2013). Los efectos territoriales de la modernización neoliberal en Chile. En *Ciudadanía, territorio y políticas públicas: Pensando el desarrollo con democracia y ciudadanía territorial. Análisis de casos de Chile y Brasil*. Universidad ARCIS.
- PNUD. (2000). *Desarrollo humano en Chile 2000: Más sociedad para gobernar el futuro. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo*, PNUD.
- PNUD. (2004). *Desarrollo humano en Chile: El poder ¿para qué y para quién? Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo*, PNUD.
- PNUD. (2014). *Auditoría a la democracia: Más y mejor democracia para un Chile inclusivo. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo*, PNUD.

- Ramírez, R. (2019). Los “bienes relacionales” en la socioecología política de la vida buena. *Crisol*, 9. <https://crisol.parisnanterre.fr/index.php/crisol/article/view/171/206>
- Salazar Vergara, G. (2019). *Historia del municipio y la soberanía comunal en Chile, 1820-2016 (primera edición)*. Editorial Universitaria.
- Silva, C. (2012). La política sobre el territorio: La construcción política del territorio poblacional en los albores del neoliberalismo. Chile, 1973-1980. *Revista Electrónica Pretérito Imperfecto*, 1, 90-126.
- Somma, N., & Bargsted, M. (2015). La autonomización de la protesta en Chile. En *Socialización Política y Experiencia Escolar. Aportes para la Formación Ciudadana en Chile* (pp. 209-240). Ediciones UC.
- Tapia, V. (2015). ¿De qué hablamos cuando hablamos de barrio? Trayectoria del concepto de barrio y apuntes para su problematización. *Antropologías del Sur*, 2(3), 121-135. <https://doi.org/10.25074/rantros.v2i3.835>
- Tapia, V. (2016). *Geografías de la contención: Políticas de escala barrial en el Chile post dictadura (1990-2014)*. Tesis Doctoral. Universidad de Barcelona.
- Tapia, V., Letelier, F., Cubillos, J., & Michelletti, S. (2021). *Lo comunitario. Alternativas en tiempos de crisis*. Ediciones UCM.
- Valdés, T. (1983). *El problema de la vivienda: Políticas estatales y movilización popular*. FLACSO, Chile.
- Villasante, T. (2006). *Desbordes creativos: Estilos y estrategias para la transformación social*. Catarata.
- Villasante, T. (2014). *Redes de vida desbordantes: Fundamentos para el cambio desde la vida cotidiana*. Catarata.
- Zibechi, R. (2006). La emancipación como producción de vínculos. En *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado* (pp. 123-149). CLACSO. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/11945/1/5Zibechi.pdf>